

PAUL CLAUDEL DENTRO DE LA LITERATURA CONTEMPORANEA

Este documentado estudio sobre Claudel, fué leído, por su autora, el día 26 de mayo último, en nuestro Centro, como prólogo a la lectura viva de su traducción claudeliana, «Joana d'Arc a la foguera».

Paul Claudel ocupa un lugar aparte en el panorama de la literatura contemporánea. Es único; la vieja tierra francesa nos lo ha dado. Nadie ni nada lo anunciaban. Mallarmé? Rimbaud? Evidentemente le influenciaron pero él les sobrepasa. Claudel pertenece a la categoría de los genios universales: Esquilo, Dante, Shakespeare, Calderón.

Apareció en las letras francesas como una novedad dentro del clima de sus contemporáneos, clima de panteísmo y materialismo.

Claudel es la Tradición y la tradición más substantiva: hebrea, griega, latina. Su obra está relacionada con los más puros clásicos franceses: aparecen rasgos de Racine en algunas de sus heroínas; su humorismo se emparenta con el La Fontaine; el tono de su admirable correspondencia recuerda las cartas de Bossuet; en fin, sus poemas y sus dramas pertenecen, a la vez a la Biblia y a su Champagne natal.

Paul Claudel y su obra surgen ambos en un pueblo de Aisne: Villeneuve-sur-Fère-en-Tardenois. A la sombra de un viejo campanario dedicado a San Jorge nació el eximio poeta, el 6 de agosto de 1868.

Una infancia solitaria y meditativa, los primeros estudios en el Instituto de Bar-le-Duc y las vacaciones en Villeneuve, en su casa solariega, entre el encanto de los lugares grandiosos y salvajes. «Nada se perdió para mi de la obra del Creador: la dirección del humo, la calidad de la sombra y de la luz, los trabajos agrícolas, el movimiento de la carreta sobre el camino...»

Allí aprende de su madre y de los campesinos el habla ruda y sabrosa del terruño de la que encontraremos, más adelante, muchas expresiones en sus obras.

En 1882 la familia Claudel se instala en París. Desde este momento Paul abandonó el camino de la Iglesia. Sus padres eran indiferentes a toda preocupación de orden sobrenatural.

Alumno del Instituto Luis el Grande, el profesor Gaspard le inicia en Retórica y el famoso Burdeau en Filosofía. Sus compañeros de estudio, son, entre otros, Gabriel Syveton, Chavannes, Léon Daudet, Romain Rolland... Claudel se entrega con fervor a las letras, sobre todo a la Filosofía.

En esta época, en París, Renan se ha convertido en el ídolo de la juventud francesa. No podemos imaginarnos, hoy, lo que fué este prestigio. También Claudel lee, como sus compañeros, «La vida de Jesús», de Renan. Y pierde la fe.

En el curso de 1883 el mismo Renan presidió la distribución de premios en el Instituto Luis el Grande y en su discurso profetizó: «¿Quién sabe? Vosotros me rodeáis hoy; quizás hay alguno, entre vosotros, que se levantará, algún día, para decir que yo he ejercido una ruínosa influencia entre la juventud».

Esta profecía se cumplió. A lo largo de su vida, Claudel fustigaré duramente el nombre y la obra de Renan.

Al salir del Instituto prosigue los estudios de Derecho y Ciencias Políticas. Guardará de esta época un recuerdo amargo. Nos confiesa que vivía en la inmoralidad y en la desesperación.

Más dos hechos principales trastornarán su vida: la muerte de su abuelo y el descubrimiento del poeta Arturo Rimbaud. «Me acordaré siempre de aquella mañana de junio de 1886 en que compré el primer número de la revista «Voéue» y leí las «Iluminaciones» de Rimbaud. Por primera

vez aquellos versos abrían una fisura en mi baño materialista y me daban la impresión viva y casi física de lo sobrenatural.» (Mi conversión).

«Otros y principalmente Shakespeare, Esquilo, Dante, Dostoyesky, han sido mis maestros y me han enseñado los secretos de mi arte. Pero solo Rimbaud ha ejercido en mi una acción que yo llamaría de germen, paternal, y que me hace creer que hay una generación en el orden del espíritu como en el del cuerpo». (Correspondencia con Rivière).

Esta influencia de Rimbaud llegará a ser preponderante en la obra de Claudel. Misteriosas afinidades ligaban, de un mundo al otro, esos dos espíritus poéticos.

Cabe situar en el año 1886 el hecho dominante de la evolución espiritual de Claudel, la página más bella de su vida. Dejemos que él mismo nos lo explique:

«El 25 de diciembre de 1886 fuí a Nôtre Dame de París para seguir los oficios de Navidad. Asistí con un placer mediocre, a la Misa Solemne. Después no teniendo nada mejor que hacer, volví a las «Vísperas». Los monaguillos, vestidos de blanco y los alumnos del Pequeño Seminario de San Nicolás empezaron a cantar. Fué entonces que se produjo el acontecimiento que domina toda mi vida. En un instante mi corazón fué conmovido y creí. Creí con una fuerza de adhesión tan grande, con una convicción tan poderosa, con una certeza tal, que después, todos los libros, todos los razonamientos, todos los azares de una vida agitada no han podido hacer vacilar mi fe. Súbitamente, había tenido el sentimiento desgarrador de la Inocencia, de la eterna infancia de Dios, una revelación inefable.

... Las lágrimas y los sollozos acudieron a mis ojos y el canto tan dulce del «Adeste» aumentaba, aún más, mi emoción». (Mi conversión).

Sin embargo, Claudel tardará cuatro años más en entregarse a la Iglesia. Cuatro años de luchas, de contradicciones, de resistencias: «Fué la gran crisis de mi existencia». Hasta que se decide a arrodillarse ante un sacerdote.

El día de Navidad de 1890 hace su Comunión Solemne en Nôtre Dame. Tiene 22 años.

Este renacimiento espiritual corresponde exactamente a la floración de sus dones poéticos, de un corazón nuevo que desborda en acentos de gratitud hacia Dios. Despreciando el pomposo vocabulario de los adoradores del Progreso y la Justicia, la palabra de vida marca con su eco profundo, toda su obra. Dramas, poemas, conversaciones impresiones de viaje, correspondencia, todo lo que escribirá no será más que transmitir el dón único del Verbo hecho Carne. Su obra no es más que un acto de fe y amor al ofrecer a Dios el mundo en una especie de testimonio único y diverso de la criatura a su Creador. Mensaje de gozo es su obra; ella nos hace amar nuestra vida cotidiana. Que cada uno de nosotros permanezca alegremente en su sitio para contribuir a la universal armonía.

Antijansenista declarado, Claudel nos dá una noción exaltada de la libertad del cristiano. Esta libertad autoriza hasta la audacia. La audacia hasta el sacrificio. La audacia hasta la santidad. Su programa se resume en el verso de Santo Tomás: «Quantum potes, tantum aude». Se complace en situar a unas pobres criaturas humanas, una Sygne, una Violene, una Prouheze, en la coyuntura donde la gracia divina les exige lo más grande, insospechado y generoso que poseen. Presenta a menudo, este instante en la vida del hombre en que, por una sola vez, oye exigírsele su plena medida. Paul Claudel nos presenta la humanidad en lo que ella lleva de más patético. «¿Es que la finalidad de la vida es vivir? ¿Es que los piés de las criaturas de Dios estarán atados siempre a esta tierra miserable? No; la finalidad de la vida no es vivir, sino morir y no se trata de hacer la cruz sinó de llevarla a cuestas y de dar alegremente lo mejor de nosotros».

Durante más de sesenta años, desde los pequeños consulados de China a las grandes embajadas de Washington Roma, Rio de Janeiro o el Japón, desde los primeros poemas hasta la última representación de su «Anuncia-

"JOANA D'ARC A LA FOGUERA" DE PAUL CLAUDEL

Todavía resuenan en nuestros oídos las palabras del coro: «Joana! Joana! Joana! Filla de Deu! Vinal Vinal Vinal!... En estos tiempos de materialismo y de falta de sensibilidad es mucho más significativo el que una obra, simplemente leída, haya hecho estremecer durante sesenta minutos, a un público numeroso y atento.

El célebre oratorio de Paul Claudel «Jeanne d'Arc au bûcher», pulcramente traducido al catalán por Montserrat Figuerola, nos fué ofrecido en lectura

Paul Claudel dentro de la literatura contemporánea

(Viene de la pág. anterior)

ción a María» en el Teatro Francés, pocos días antes de su muerte, la evidencia de Dios es su pan cotidiano.

Extraño diplomático, dicen, rechoncho, de mejillas coloradas, ojos pequeños y claros, burócrata aplicado, exacto y metódico. Su programa: La Santa Misa, lo primero. Luego una hora diaria dedicada a su obra. Lo demás, el trabajo y la familia, el hogar, la esposa y los hijos que le han dado esos diecinueve nietos, bulliciosa alegría de sus últimos años.

Como artista y como hombre, Paul Claudel había cumplido su misión en la tierra. La obra estaba terminada como una bella catedral gótica, llena de fe y de amor.

El poeta podía esperar serenamente aquella hora de temor, que llegó para él el 23 de febrero de 1955. No fué de temor sino de gozo: «Dejadme morir tranquilo, no tengo miedo».

Y el bronce de las campanas empezó a repicar, aquellas campanas que él amaba tanto en sus obras: Baudon y Baude, Catalina y Margarita y la campanita exótica del bosque de cedros de Fu-Cheu, y la campana más dulce, la campana maternal de Villeneuve, empezaron a cantar para siempre la gloria eterna del gran poeta Paul Claudel.

Montserrat Figuerola Durán

viva por el Aula de Declamación de nuestra Entidad bajo la experta dirección de Avelina Briansó de Mariné.

Dos destacados valores de la escena barcelonesa colaboraron al éxito de la empresa: Julieta Serrano que dijo el papel de «Joana» con una intensidad dramática y una riqueza de matices verdaderamente insuperable y Bartolomé Olsina que leyó la parte de Santo Domingo con la dignidad y corrección a que nos tiene acostumbrados.

Los componentes del Aula de Declamación, que interpretaron las voces de los demás personajes hasta el número de veintitres, dieron la réplica justa a los protagonistas.

En todo momento, pese a los obligados contrastes que las distintas escenas exigían, se conservó la armonía en el conjunto. La difícil conjunción de los coros hablados, a tonos distintos, producía el mejor de los efectos.

Nos convenció, asimismo, plenamente, la disposición escénica en plataformas escalonadas donde una inteligente disposición de los lectores sugería el efecto de una imaginaria orquesta de voces. Nada más adecuado para dar ambientación y severidad a la interpretación de un oratorio.

La lectura de «Joana d'Arc a la foguera» que tuvo lugar el Lunes Santo, día 26 de marzo, en nuestro Salón de Actos, será recordada vivamente por los que tuvimos la suerte de asistir.

La feliz traductora de la obra, Montserrat Figuerola, que asistió al acto y tuvo la delicadeza de prologarlo posibilitó también la grabación del oratorio, en cinta magnetofónica para ser radiado, posteriormente, por una emisora barcelonesa.

Hay, también, que agradecer al Dr. Obiols el haber cedido el disco con la música que escribiera Honegger para este oratorio y que, no obstante emplearlo brevemente, debido según nos dicen, para evitar que los coros eclipsaran la voz de los lectores, se logró enmarcar adecuadamente las primeras escenas de la obra.

J. S.